

Leg 16 paquete 2  
Fenomenos psicologicos sensibles

37

n. 36

1301

# DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL ACTO

DE LA

SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1882 Á 1883,

EN EL

INSTITUTO DE SEGOVIA,

por el

Doctor Don Francisco Arteaga y Ortiz.

SEGOVIA.

Imp. de F. Santiuste, calle de la Potenda, núm. 1.  
1882.



# DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL ACTO

DE LA

SOLEMNE APERTURA

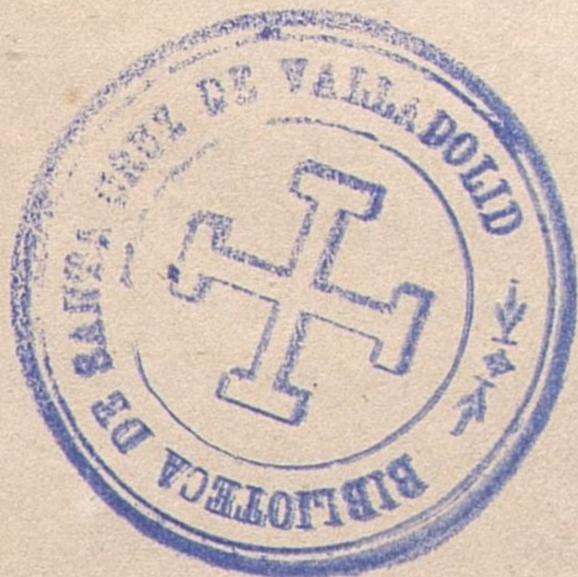
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1882 Á 1883,

EN EL

INSTITUTO DE SEGOVIA,

por el

Doctor Don Francisco Arteaga y Ortiz.



SEGOVIA.

Imp. de F. Santiuste, calle de la Potenda, núm. 1.  
1882.

HTCA

U/Bc LEG 16-2 n°1301



UVA. BHSC. LEG 16-2-0°1301 5 9 4 2 0 7



---

ILMO. SEÑOR:

AL aceptar la honrosa mision que se me confiara para dirigir mi débil voz en esta solemnidad académica, mision que otro con mejores títulos y mas calificadas aptitudes hubiera, sin duda, llenado con mejor éxito que yó, solo me animó vuestra generosa indulgencia que de antemano reclamo.

Vacilante acerca del asunto que habia de proponer á vuestra reconocida ilustracion, en el bastisimo campo de las ciencias filosóficas, me fijé desde luego en los fenómenos psicológicos sensibles. Nuestras tres facultades tienen un objeto constante de su aspiracion, que es el blanco á donde se encaminan en todos sus movimientos y á donde se dirigen en todas sus tendencias: este objeto, estas ten-

dencias de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad son la belleza, la verdad y el bien, tres grandes entidades muy diferentes entre sí, si bien íntimamente relacionadas; tres formas accesibles á nuestra capacidad bajo las cuales Dios se manifiesta á la inteligencia humana. El conocimiento de la belleza está sometido á leyes parecidas á las de la verdad y el bien: la belleza está siempre en relación íntima con la verdad y el bien, por eso lo falso y lo perverso no pueden contener belleza: esta emana de Dios, y el error y la maldad no le pertenecen.

No es mi ánimo tratar en este mi humilde discurso de estas tres sublimes entidades. Solo me concretaré al objeto constante, á la aspiración natural de la sensibilidad, que es la belleza, exponiendo sus principales teorías, y rechazando como erróneo, y por consiguiente inadmisibile, el sistema de la realidad pura en el arte, cuyo fin es producir la belleza.

Pero antes de lanzarse á la alta mar, hay que encender en la playa el faro que nos ha de iluminar en el camino y que ha de guiar nuestra marcha. Este punto de partida es la definición del asunto: este faro luminoso es la verdadera noción de esa entidad grande y sublime á que llamamos el *Arte* y la *Belleza*.

Doy por supuestas todas esas disposiciones naturales y adquiridas que se requieren para el ejercicio del ministerio del arte: doy por supuesta esa llama que se denomina el génio. Pues bien, concedido eso,

pregunto: ¿qué es el arte?—¿En qué consiste realmente la obra artística?—La contestación puede resumirse en estas dos palabras: *Crear la belleza*. Hacer que resplandezca el bello ideal bajo una forma sensible; crearlo, no solo á semejanza de la naturaleza, que se presenta y desarrolla ante nuestra vista, sinó á semejanza de esa belleza ideal que desde el fondo de la esencia divina resplandece como una pura estrella en el fondo del alma humana. Y si me creyese autorizado á formular por medio de una definición todo mi pensamiento, diría que el arte es *la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada*.

Sí: el objeto propio, el fin inmediato, el fin directo del arte, es la belleza; su objeto es una de las tres grandes fases del ser y de lo infinito, que es lo bello. El filósofo y el sábio tienen por objeto propio de sus investigaciones lo verdadero, y lo traducen en sus fórmulas. El santo tiene por objeto de sus generosos esfuerzos el bien, y asimismo lo traduce en sus actos de virtud y de heroísmo. Pero el artista tiene por objeto de su trabajo, que algunas veces es también heróico, lo bello.

—Inútil es insistir en esto. Este dato fundamental tiene el valor de un axioma. Podemos, pues, dar un paso más y abordar desde luego esta cuestión magistral. Si el objeto del arte es la belleza, —¿qué es, pues, la belleza?—¿Cuál es el misterio íntimo y la razón secreta de esa entidad cuya idea se nos pre-

senta bajo una forma tan primitiva y cuya impresion aparece tan bien definida?—¿Qué cosa es esa tan conmovedora y delicada á la vez, tan oscura y tan clara, tan misteriosa y tan manifiesta, que traducimos con la palabra *belleza*?

Expongamos, siquiera sucintamente, las principales teorías de la belleza, y de este modo podremos formar una idea exacta de ella.

El conocimiento de la ciencia de lo bello debe ser tan antiguo como el sentimiento de la poesía y de las artes. Sin embargo la filosofía no se apoderó de ella hasta que la formuló Pitágoras; si bien donde aparece más claramente definida la belleza es en Sócrates. Este sábio parece que la hace consistir en la *utilidad*, pues nos dice que «Todo lo que es *bello*, es *bueno*, es decir, *útil*, bajo la misma relacion.» A pesar de esto nos inclinamos á creer que Sócrates no identificó la belleza y la utilidad, haciendo consistir aquella en la expresion de las cualidades intelectuales y morales.

Platon, á quien puede considerarse como el verdadero fundador de la *Estética*, metodizó las teorías de su maestro, dándoles mayor profundidad y extension. Su admirable doctrina consiste en demostrar que la belleza es el carácter del alma divina, idéntica al bien, fuente de toda verdad, y conteniendo en sí propia la armonía, sin la cual no puede existir lo bello, ni tampoco la virtud. De lo cual se deduce que Platon admitia una *belleza absoluta é inmutable*, que

es el *bien*, y este no es otra cosa que Dios mismo.

Aristóteles, gran filósofo y á la vez gran artista y analítico severo, reconstruyó el profundo estudio del maestro. — Platon no definió, segun hemos visto, de una manera precisa la belleza. Aristóteles lo verifica diciendo que su forma esencial consiste en el *orden y la simetría* con límites determinados, lo cual constituye la *unidad*.

Otro discípulo de Platon, llamado Plotino, comprende que la belleza no está en la materia, porque ser cuerpo y ser bello son dos cosas distintas, que pueden estar separadas, y con frecuencia lo están. — Para este filósofo la belleza exterior de las cosas corporales no es mas que la expresion de la belleza interior que tienen las cosas espirituales, las simples é indivisibles. Por manera que nuestra alma será tanto mas bella cuanto mas se desprenda de las cosas terrestres y corpóreas, elevándose hasta los cielos y viniendo á purificarse hasta llegar á ser una emanacion de la Divinidad, única fuente de belleza. — La belleza, pues, para Plotino, consiste en la *unidad*, en la *simplicidad*, en la *indivisibilidad*.

San Agustin es otro de los sábios de la antigüedad, que, entre sus grandes trabajos filosóficos, consagró tambien su atencion al estudio de la belleza. Adoptando el método dialéctico, dirige su profunda investigacion desde las cosas sensibles á su propia alma, de aquí á los nombres, á las abstracciones, á las ideas, y por último al ideal mismo que se halla

en Dios. Sepárase en esto de Plotino, que le niega las perfecciones por él atribuidas, y le proclama *uno* y *múltiple*, de lo cual resulta la *armonía*.—Dios, belleza absoluta, es el principio de todas las demás que existen en el universo y las ordena con proporciones inalterables.—En esto consiste la belleza del mundo, á la cual asigna la *unidad*, la *proporción*, el *orden*, la *ley*: ella nos revela además al Hacedor, y conduce nuestra alma al *bien*.

—La ciencia de lo bello quedó fundada por estos colosos de la sabiduría y del entendimiento, sentando sus principios y abriendo ancho camino á los doctos que les habian de suceder.

—Tales son las principales teorías de los filósofos sobre la belleza. En todas hay un fondo de verdad; pero al salir de sus manos, este fondo de verdad ha revestido una forma especial, y ha sufrido la influencia del sistema filosófico que cada uno de ellos seguía.

—Se ha creído por algunos que el sentimiento de la belleza es el de la *utilidad*; pero esto no es exacto. La *utilidad* no constituye la belleza ni en todo ni en parte: cierto es que la industria en que domina el principio utilitario, porque este es su objeto, suele adornar sus creaciones con el atractivo de la belleza, á fin de que la utilidad sea mas estimada y segura; pero en este caso la utilidad no busca la belleza por amor, ni la crea por entusiasmo, sinó solo por interés y lucro. Y tan cierta es esta

doctrina, que muchas veces la utilidad, cuando cumple á sus interesados fines, maltrata la belleza, la destroza ó aniquila. Por exigencias de la utilidad caen al suelo árboles seculares, por interés de la utilidad, muchas veces hija de la ignorancia, se han destruido grandiosas columnas, ricos capitales, magníficos y sublimes templos, para convertirlos en plazas, ó en habitaciones, ó en casinos ó fábricas. Conste que no condeno lo *útil*, de ninguna manera; mas opuesto siempre al vandalismo que destruye las maravillas del génio artístico, no puedo menos de censurar el exterminio de esas obras, gloria del mando y elocuente testimonio de algun hecho heroico en piedad ó en armas, y siempre hermosa y perenne muestra de la grandeza y cultura de las naciones.

¿Será acaso lo bello lo que responde á nuestras aspiraciones sensuales, lo que lisongea, acaricia y embriaga los sentidos, lo que el sensualismo toma de buen grado por bello, ó sea lo *agradable*? Pero cuántas cosas lisongean, acarician y embriagan los sentidos y sin embargo no son bellas!

No podemos definir lo que por su naturaleza misma se sustrae al análisis de la definicion. No exijais, por consiguiente, que vaya á buscar en el seno de una metafísica abstracta el secreto misterioso, ni que vaya á pedir á los filósofos una definicion de que no necesitais, desde el momento en que la belleza, poniéndose delante de vuestros ojos, os dice: «Héme

aquí.» — Lo que constituye la belleza en las cosas que admiramos y que llamamos bellas es la grandeza, la fuerza y el poder; la proporción, la simetría y la conveniencia; la unidad, la variedad y la sencillez. Lo bello; es decir la verdad brillando; la armonía dejando oír sus ecos; el bien ostentándose; la vida dilatándose poderosa y ordenada dentro de su esfera: la unidad irradiando en medio de la variedad y haciendo brillar en nuestra alma inteligente y sensible, el *esplendor del orden*, que es la belleza misma. No hay duda que lo bello, al descomponerse, nos ofrece algo de todo eso; pero no intento yo someter aquí la belleza á un frío análisis, y que os vaya mostrando uno por uno los rasgos cuyo concierto forma esa fisonomía que os seduce con su esplendor y os atrae con su encanto.

Desde el fondo de todos los espectáculos y armonías que contemplamos y oímos, se desprende esa sencilla noción de la belleza, tal como la encontramos gravada en nuestras almas y en el fondo de la filosofía y de la estética de ese génio incomparable que se llama San Agustín. Sí: la belleza es el esplendor del orden, *splendor ordinis*: el orden: no el orden abstracto, vacío y muerto, sino el orden vivo, activo y radiante. El orden, de esta manera considerado, llena todas las condiciones, porque es el elemento de vida de la inteligencia y su genuina expresión: sin él no serían posibles las elevadas funciones de la razón, porque el desorden es la muerte

en todas las cosas, lo mismo en lo social que en lo físico, en lo intelectual y en lo moral.

La belleza en su esencia no es mas que una, como una es la verdad y uno es el bien; pero aquella reviste estas tres formas: absoluta, real é ideal; la absoluta es el mismo Dios, que es de donde dimana toda belleza; la real es la que tienen los seres de la naturaleza, en los que brilla la inteligencia infinita del Creador, y la ideal es la creada por nuestra imaginacion, en conformidad con un tipo preconcebido por la razon.

Además conócense tres clases de belleza: *física, intelectual y moral*: *física* la que pertenece á los objetos sensibles, como son las figuras, los movimientos y los sonidos: *intelectual* la que corresponde á la region de las ideas y de la verdad, á las leyes que rigen los espíritus y que producen los principios de las ciencias; y *moral* la que tiene relacion con el mundo moral y sus leyes, con la idea de la libertad, de la virtud y de la justicia.

Cada una de estas bellezas, con sus caracteres marcados, y diferenciándose claramente entre sí no obra independientemente, sinó unida con las otras y con el mútuo concurso de las tres, porque el alma humana es una é indivisible, y el ejercicio de sus tres facultades es simultáneo. No nos detendremos en desarrollar el concepto y explicacion de cada una de estas tres clases de belleza, porque esto no es posible en un discurso cual el que nos ocupa; me

;

fijaré, por un momento, en la principal y mas interesante de todas, por ser la que mas poderosamente contribuye al órden y armonía de la sociedad y al cumplimiento del destino que Dios reserva á la criatura racional sometida á sus leyes; tal es la belleza *moral*, la mas alta cumbre de la belleza creada que, apareciendo en el hombre cuando se fija en el cumplimiento de su deber, no hay sacrificio á que no se halle dispuesto para realizarlo.

Mas ¿cómo lo conseguirá? ¿Bastará la observacion escrupulosa de la llamada moral universal? La conciencia y la razon del hombre cristiano no se encuentran satisfechas con sus actos, que podrán ser nobles, gloriosos tal vez, pero no bellos moralmente; moral que solo se sostiene por el amor propio, que si se sacrifica es en beneficio de su interés, y que si á nadie daña, tampoco hace provecho, es en el fondo disimulada apoteosis del egoismo. Aqui no hay belleza.

Los sacrificios encaminados al bien de la patria, á la honra, á la prosperidad y gloria de ella, cuando proceden de la abnegacion y del amor al prógimo, estas acciones producen en los demás unas veces el sentimiento dulce y placentero, propio de la belleza, y otras el terror y la admiracion del *sublime*, sentimientos en sí muy complejos. Por eso el heroismo de los valientes que defendieron el paso de las Termópilas, es diverso del de Régulo al aconsejar á Roma, su patria, la continuacion de la guerra con-

tra los Cartagineses, sabiendo que este consejo era la sentencia de su muerte, y distinto del de Guzman el Bueno al sacrificar su hijo al deber. Imponente es el sacrificio de los soldados de las Termópilas; mas al fin luchaban, y algun rayo de esperanza pudo animarles en el combate; pero Régulo, á quien esperaba una muerte segura por su consejo y Guzman el Bueno, que veia sacrificar al hijo de sus entrañas por el bien de la pátria, sobrepujaron en el sacrificio y en el poder de su ánimo al poder de la naturaleza humana.

Todavía hay una belleza moral mas bella y sublime aun: la virtud de la caridad cuando la anima el rayo purísimo de la religion. Desde que el hombre principia á ejercitarla, dando á los hombres parte y aun toda su fortuna, hasta llegar ignorado de todos á donde la miseria asusta para socorrerla, con lo mismo que necesita para su alimento, para aliviarla y servirla, como un San Vicente de Paul, nuestra conciencia nos dice que el corazon que tales maravillas realiza tiene algo de divino y celestial. Pensemos en todos los hechos de la tierra, aun aquellos, por ejemplo, en que la pátria es el ídolo por quien generosa y noblemente se sacrifica el hombre y todavía los hallaremos mas grandes en la religion. Nuestro corazon se conmueve dulce y apaciblemente, que es el sentimiento único de la belleza, á la vista de ese encanto celestial que la santidad hace brillar en la frente de los escogidos, como si fuese un

signo de Dios impreso en el corazón del hombre. Juana de Arco en el resplandor virginal de su heroísmo; San Vicente de Paul en la gloria serena de su ardiente caridad; San Francisco de Sales en la aureola de su dulzura incomparable; Santa Teresa de Jesús en sus éxtasis y arrobamientos celestiales; Luis XVI y Maximiliano en la magestad real de su resignación cristiana, y otros mil que pudiéramos citar, son ejemplos de la verdadera belleza moral, que es la mas alta cumbre de la belleza creada. Mas aun. Fijémonos, por un instante, en el pobre misionero que abandona espontáneamente familia, amigos, patria y todos los objetos que le son mas queridos, y vá á inhospitalarias tierras: allí únicamente ve seres degradados por la ignorancia; pues estos seres semibárbaros son objeto constante de sus bondades y paternal cariño. ¡Cuánto trabajo y peligro, cuántas fatigas y privaciones por mejorar su situación social y moral y traerlos á la fé de Jesucristo! ¡Qué resignación y mansedumbre en su áspera y peligrosa vida! Pero pasan trabajos por sus hermanos y á nombre de Dios y eso basta para que los sufran con la dulzura en el semblante y la alegría en el corazón: y cuando se acerca el fin de la carrera, terminando muchas veces por el martirio, ni la ingratitud, ni la saña de sus verdugos, ni los tormentos mas crueles despiertan en su corazón el odio contra ellos: las últimas palabras en su agonía son una plegaria al Eterno para que los perdone y

sobre su espíritu derrame la luz de las verdades divinas. Ninguno de los actos sublimes de la tierra puede competir con este. Podrán ser mas brillantes y estruendosos; podrá fijarse mas en ellos la admiración del mundo y llevarse el aplauso de la historia y de todas las generaciones; pero en el misionero hay mas que todo eso, hay el sacrificio espontáneo de la vida por el bien ajeno, de cuanto regocijaba su espíritu y amaba en la tierra, de su reposo, de sus esperanzas: sacrificio no de una hora, de un dia, de un año, sinó de toda una existencia: sacrificio en que á cada paso, por premio de sus bondadosos afanes, ve el martirio ante sus ojos, terminando con una muerte cruel. Para esto no basta ser un hombre como los que pelearon en las Termópilas, ni un Régulo, ni un Caton, necesitase un alma empapada en las puras aguas de la verdad divina, fortificada con el vigor que ellas prestan, enaltecida por Dios, y que estando aun en la tierra, vése transfigurada y con las mismas perfecciones que si se encontrara en el cielo.

En todas estas clases de belleza moral, hijas de la voluntad libre, intervienen la inteligencia dirigiéndolas y la sensibilidad prestando al corazon sentimientos, ora dulces y apacibles, ora disponiéndolo para producir arranques generosos en la voluntad, ora en fin, llegando á inspirar en el hombre los mas terribles y dolcrosos sacrificios para bien de sus semejantes. La virtud sin *sentimiento* seria una

flor sin aroma: la virtud sin la *inteligencia* podría ser la preocupación ó el fanatismo.

Expuesto, aunque no de una manera cumplida, el concepto y enunciación de la belleza, vamos ahora á tratar del sistema de la realidad pura en el arte. Reproducir la belleza, expresarla y crearla á imagen de la idea que de ella se tiene, este es el principal objeto de toda obra artística.

En el estudio de la ciencia de lo bello, nos encontramos con dos sistemas opuestos sobre la teoría de la belleza: el de la *realidad* y el de la *idealidad*. Ambos han sido defendidos por sus secuaces con poderosas razones, negando los primeros la existencia de lo *ideal*, y haciendo los segundos completa abstracción de los modelos que presenta la naturaleza. Los dos sistemas, considerados en absoluto, son falsos y por consiguiente inadmisibles.

Es indudable que no puede haber arte verdadero y obras que tengan vida si se prescindie de la realidad; una de las condiciones que debe tener toda obra artística es expresar lo *real*. Pero el realismo significa algo más que la expresión de la *realidad*. El arte debe traducir á la naturaleza, es verdad; ¿pero no tiene nada que buscar *mas allá* de la naturaleza? En eso estriba toda la cuestión.

Cuando impugnamos el racionalismo, los racionalistas claman diciendo: «Vosotros teneis ódio á la razón»: del mismo modo cuando atacamos el realismo, quisieran hacer creer que tenemos ódio á la

realidad. Cuando en el orden intelectual rechazamos la soberanía exclusiva y absoluta de la razón humana, se dice que conspiramos contra la filosofía; y cuando recusamos y rechazamos como una herejía en el orden artístico el reinado exclusivo y absoluto de la realidad, se dice que conspiramos contra el arte. Esto es un absurdo.

El arte puede funcionar de dos maneras, suprimiendo lo real ó suprimiendo lo ideal; desdeñando sistemáticamente á la naturaleza, ó lo que sobrepuja á la naturaleza. Con la primera de estas supresiones, el arte se evapora y se desvanece en el nihilismo: con la segunda se rebaja y se corrompe, cayendo en el realismo. *Ni tan alto ni tan bajo*: ni tan alto que se levante por encima de las nubes, ni tan bajo que vaya rastreando la tierra; ni tan etéreo ni tan grosero; ni tan impalpable, ni tan material, ni tan perdido en el vacío, ni tan abismado en el ideal.

El arte verdadero es el consorcio indisoluble, es la unión armoniosa del ideal y de la naturaleza; es la naturaleza bañada por los reflejos del ideal, y el ideal reflejándose en la naturaleza; y la misión del genio artístico es encontrar la proporción en que deben unirse esas dos cosas para que brille el esplendor del orden, es decir, la belleza misma. El arte expresa la realidad; pero es la realidad transfigurada por el ideal: expresa el ideal; pero es el ideal realizado en un tipo de la naturaleza. Lo real por sí solo es un ser bruto, que al mostrarse, suprime por

completo la razón de arte. La reproducción pura y simple de lo real no es más que la fotografía de la naturaleza, y nadie se atreverá á decir que la fotografía es el último término del arte. Y sobre todo la fotografía es absolutamente impotente para expresar la *idea* que debe formarse del ser y lo que caracteriza al arte, á saber: *la belleza secreta de las cosas*.

El *ideal* solo no es más que un vano espectro, que atraviesa como un relámpago por el horizonte del pensamiento para perderse en las sombras: es un sueño que se desvanece en la vaguedad de lo indefinido: es una sombra intangible, que no tiene cuerpo palpable, y de la cual no puede salir ninguna obra viva. El *ideal* sin lo *real* sería, en Estética, como un alma sin cuerpo; y lo *real* sin lo *ideal* sería como un cuerpo sin alma; es decir, sería el arte hecho un cadáver.

Lo bello en el orden artístico es como el hombre; es espíritu y es cuerpo: cuerpo transfigurado por el espíritu, y espíritu que brilla á través del cuerpo. El arte, como la palabra, necesita *ser la expresión de una idea*. La noción más exacta y más luminosa que puede formarse del arte, es la de considerarlo como la palabra. De una ó de otra manera, tenemos un alma que se manifiesta, una visión que se refleja, una forma que sirve de expresión, un fenómeno interior que se traduce al exterior: la analogía, pues, es completa. En cierto sentido trascendental, la palabra y el arte son idénticos; ambos están su-

getos á la misma ley y crean la misma Estética. Lo que constituye la esencia, la dignidad y la *gloria* de la palabra, es ser ante todo la expresion del pensamiento por medio de un signo; ser siempre y en todas partes la forma lucida de la idea. Tal es la verdadera nocion, la tradicion constante y universal de la filosofía del arte en su esfera mas elevada. Salir de una de estas dos condiciones es quebrantar la armonía, es destruir el órden, cuyo esplendor constituye la verdadera belleza.

El realismo rompe la armonia de estos dos elementos; desprecia el *ideal* para fijarse por completo en lo *real*; y por consecuencia de esto, descuida la *idea*, para no ocuparse mas que de la *forma*. *Lo real todo lo real y nada mas que lo real*, esta es su divisa. Su fórmula es esta; suprimir lo que hay *mas allá*; cerrar las perspectivas de lo ideal y hacer que su génio choque contra las barreras de la realidad, sin cuidar de levantarse mas alto ni de lanzarse mas lejos.

No: el arte no ha de tener por base definitiva *la imitacion exacta y completa de la naturaleza, tal como se la ve ó tal cual es*: esto es una aberracion suprema en el órden artístico: es olvidarse de lo mas elemental que hay en el arte, que no es *imitacion* sino *interpretacion*.

¿Es posible pedir que nos aprisionemos en lo real y se nos prohiba mirar el *mas allá*, como si esa ambicion no fuese la pasion insaciable, noble y ele-

:

vada de todas nuestras facultades hácia la belleza absoluta y única, como asimismo lo es hácia la verdad y el bien?

La cuestion del realismo, ya se le considere en el órden intelectual, ya en el moral, en el religioso y en el social, es mas grave y trascendental de lo que á primera vista parece. Considerado en su esfera propia, es decir, en la literatura y en el arte propiamente dichos, es una lepra que deshonra á la magestad soberana del arte y desfigura la fisonomía de la belleza. Sus consecuencias afectan á las inteligencias, á las almas, á los corazones, á las costumbres, á la sociedad y á la civilizacion.

El primer resultado del realismo es el que se produce en el órden intelectual, es decir, en su accion sobre las ideas. Nacido de las aberraciones filosóficas obra sobre sus propias causas y ensancha el círculo de los errores popularizándolos. Recórranse unas en pos de otras las producciones del realismo, y en todas partes reconoceremos la generacion natural de los errores originarios, que han ido engendrándolo poco á poco. Así vemos que sucesiva y aun á veces tambien simultáneamente refleja todos los colores y todos los matices de los errores que se refieren al naturalismo, al panteismo, al ateismo, al materialismo, al positivismo, al fatalismo, al excepcionalismo y al nihilismo doctrinal. Todos estos sistemas mas ó menos groseros, pasan difundiendo sus tristes reflejos sobre las obras realistas; y á poco que

observemos, se reconocerán en el realismo los rasgos visibles de un parentesco auténtico con todas las aberraciones especulativas del pensamiento.

No digo yo que el realismo haga profesion de enseñar tales errores: solo digo que presenta su imájen á las miradas del pueblo, y que esa imágen, al gravarse en las almas, produce el desastroso mal de ir inoculando poco á poco sus efectos que hoy amenazan al mundo, porque tiene, sobre todo, el poder de hacerlos cada vez mas populares, para disimular su fealdad, el prestigio mismo de la belleza.

Lo que principalmente se nota en el realismo artístico, es la falta absoluta de doctrina, es el desden con que se miran todos los símbolos, y la negacion de toda fé y de toda creencia positiva. Es mas: hasta el indiferentismo de la conciencia y el desprecio de los principios se desplegan en tales obras por todas partes. El realismo en Estética, es lo que el positivismo en los dominios de la ciencia: una *eliminacion*. Su base primera, su base fundamental, es, como hemos dicho ya, la imitacion exacta, ó en otras palabras, la fotografía de lo real, de lo real que se vé, de lo real que se palpa, de lo real que produce una imágen de sí mismo, sea la que quiera, á la luz de los rayos del sol. De aquí proviene el que elimine y aparte de un modo absoluto el alma, la conciencia, los principios, la moral. De aquí trae su origen esa independendencia de toda regla, de todo principio y de

toda conveniencia moral, social y religiosa: de aquí la exageracion del personalismo que salva todas las barreras, rompe todo freno, y da al pretendido genio del arte un aire despavorido y arrebatado, semejante á un caballo desbocado que corre sin direccion y sin objeto al través de los abismos.

De lo cual se desprende que los que siguen este sistema hacen del arte un poder absoluto é independiente, excluyendo toda ley: y á favor de esta independencia absoluta lo ponen mas alto que la religion, que la conciencia, que la moral y que todo. Es decir, que se convierte en rey, no en el sentido del ascendiente que está llamado á ejercer en las almas, sinó en el sentido satánico que reprobamos, en el sentido de esa independencia absurda é imposible, que lo coloca por encima de toda regla, de todo principio y de toda ley. Mas todavia y para decirlo de una vez: al reclamar para sí una independencia impía, se hace mas que rey, se hace Dios en el reino del arte, como el filósofo racionalista se hace Dios en el reino del pensamiento.

Después de esto, no es necesario decirnos lo que significa para el realismo, no solo la religion de Cristo, fuente de la belleza, de la verdad y del bien, sinó toda religion, cualquiera que ella sea. Los dogmas religiosos no significan nada para el realismo: lo sobrenatural es para él una quimera y lo divino un contrasentido: él hace con Dios lo que hace con el alma, con el espíritu y con la conciencia: lo *elimina*,

lo arroja de sí, rechazando el ideal, á Dios, al Infinito, al Absoluto, al Inmutable. Así que, de grado ó por fuerza, y á despecho de las protestas en sentido contrario, el realismo en doctrina supone el ateísmo: con el ateísmo la negacion de toda religion: el ateísmo que supone en sus doctrinas, lo predica en sus obras: y en sus efectos como en sus causas, es por esencia el arte de los pueblos ateos.

Pero no se limita á esto la influencia del realismo artístico en la humanidad; esta influencia es mas palpable en el órden moral.

Ya hemos visto que el realismo ha salido en línea recta del materialismo; proclama como su dogma supremo la imitacion exacta y completa de lo real. Conviene no olvidar que lo real de que aquí se trata, no es lo real que toca al alma, al espíritu y á la conciencia, sinó lo real que se refiere á la materia, á los sentidos y á la carne. No hay duda que el alma es una realidad, la gran realidad humana, la que hace que el hombre sea hombre y no animal. Pero el realismo artístico se burla descaradamente de la realidad inmaterial; la niega por completo y hace de ella una abstraccion absoluta. ¿Y qué puede dar de sí un arte sacado de estas fuentes, es decir, de lo real en la materia, sinó lo que la materia misma lleva en su seno? Sensualismo y nada mas, que es el mas grande azote del mundo moral y el agente mas activo de todas sus despravaciones.

No es menos funesta la invasion y el reinado

exclusivo de la realidad en el arte por lo que hace á la civilizaci3n de los pueblos, pues anuncia el restablecimiento, mas 3 menos acelerado, del estado bárbaro y salvaje. Si el salvaje fuese capaz de cultivar el arte, este seria el de la realidad, porque sepultado en esta, no tiene *ideal*: no conoce mas que dos cosas, el instinto y la realidad, la realidad y el instinto. Haced que domine la realidad visible con la intuici3n de lo invisible, el hecho con la idea y la fuerza con el derecho, y deja de ser salvaje. Por el contrario, desarrollad en el ser civilizado la pasi3n por lo real en detrimento de lo ideal; haced que reine en 3l el hecho sobre la idea, el instinto sobre los principios, el temperamento sobre la raz3n, la carne sobre el 3sp3ritu, y el hombre se convertirá de civilizado en salvaje.

El sistema de que nos venimos ocupando hace mas; rebaja al hombre hasta la condici3n de la vida animal. Si el animal pudiera ejercer el arte, infaliblemente ejercería el arte realista, y no podria ni aun siquiera sospechar otro. De donde resulta, por virtud de la invencible l3gica de las cosas, que el desarrollo del arte realista equivale á desarrollar en el hombre el arte menos humano; es provocar la expansi3n del instinto animal y comprimir en 3l el resorte de las necesidades intelectuales y espirituales; en una palabra, es trabajar por hacer al hombre cada vez menos hombre, porque á medida que se lanza en el materialismo, propende mas á la anima-

lidad. Llevado hasta sus últimas consecuencias es el arte convertido en animal; el arte menos el ideal, menos la inteligencia, menos el alma, menos lo infinito, lo divino y lo humano todo junto; el arte tal como lo entiende el realismo, la imitación de la naturaleza bruta, *sea como sea*. Y si continuásemos por este camino, no habría motivo para que el mono no fuese muy luego el mayor de los artistas, puesto que imita al hombre como el hombre imita á la naturaleza.

En consecuencia, lo que constituye el verdadero génio del arte, no es, como ya llevamos dicho, la intuición ó la imitación de las cosas creadas *tal como son* y tal como se las vé en la realidad fenomenal, sinó la intuición y la expresión de las cosas vistas á la luz de su ideal que las transfigura. El génio del arte es el poder de ver y de apoderarse de ese ideal en su grado superior y de reproducirlo bajo una forma brillante. Es Rafael que, cuando no tenía á la vista un modelo que le satisficiera, se servía del ideal de la belleza que tenía en su alma. El génio del arte, no tememos asegurarlo, es el cristianismo que transfigura el alma humana: que sin rechazar las formas de la belleza, creadas por el génio de la Grecia, ha desprendido el verdadero tipo de aquella desde el fondo de las nubes que velaban el cielo de la humanidad pagana, tipo inalterable y eterno, que aun el mismo génio pagano alcanzaba á *vislumbrar*. El cristianismo en un todo y por todo siembra la

verdad, desarrolla el bien, crea el orden y la armonía y por lo tanto hace florecer la belleza.

Lo primero que se debe dar al artista para engrandecer y elevar sus obras, es la religion. Para ir muy lejos y subir muy alto, el génio del arte necesita ante todo ser eminentemente *religioso*. Porque lo que aumenta las aspiraciones, lo que da profundidad á las miradas del génio artístico, son las perspectivas de lo infinito y los horizontes de lo invisible; lo que le imprime el vuelo es el espíritu que se apodera de él, le arrebatata y le lleva hácia la altura.

Pues bien: el espíritu que eleva, es el espíritu religioso, emanacion del espíritu que baja de Dios al hombre para llevarlo al cielo; y lo que presenta ámplios y radiantes horizontes de lo infinito y las perspectivas de lo invisible, es la religion. Suprimid por un momento en el hombre de arte todo comercio con Dios, es decir, toda religion, é inmediatamente se levanta una barrera de tinieblas que le cierra todas las comunicaciones que le facilitan acceso al cielo: un espeso muro le intercepta la gran luz de lo inmortal y de lo infinito: el ideal desaparece, como el sol que se esconde detrás de una nube, y vedlo allí solo, encerrado en los oscuros límites de la naturaleza y del tiempo. La idea de Dios, que semejante á un fanal colgado sobre el mundo iluminaba todas las bellezas visibles con el reflejo de la invisible, se ha apagado para ese desheredado de la luz; y allí lo teneis frente á frente de las oscuras bellezas y de los

espectáculos sombríos, sin recibir un rayo del cielo ni un soplo del espíritu de Dios, sin tener nada *mas allá* que ilumine sus miradas y que inspire á su génio, tristemente reducido á buscar en la realidad que quiere pintar y en la belleza que quiere expresar, una luz que no tienen y una inspiracion que no pueden darle.

No concibo como puede haber hombres dotados de la facultad de pensar, que al tropezar con lo real no quieran pasar mas adelante, cuando todas nuestras facultades tienden necesariamente á sumergirse en ese océano de lo verdadero, del bien y de lo bello, cosas que no pueden encontrarse en la tierra. O sinó poned de manifiesto á un verdadero artista el objeto mas bello que haya en la naturaleza, y vereis como todavia no lo encuentra bastante bello, y aspira al *mas allá*.

Así como el viajero, que llega á las mas altas cumbres de los montes, querría subir mas todavia, y estiende con ánsia sus miradas por las azuladas profundidades que parece que huyen delante de sus ojos, perdiéndose en los espacios de lo infinito, así el génio del arte, cuando llega á las espléndidas cumbres de la belleza natural y artística, busca en el firmamento de la belleza y en el profundo cielo de su pensamiento estrellas mas brillantes y visiones mas arrebatadoras. Nunca ve satisfecha su facultad de aspirar. Asi como un San Francisco Javier exclamaba: «Todavía hay mas reinos que conquistar: toda-

via hay mas almas que salvar,» el artista exclama en su insaciable ambicion por *ir mas allá*: «Todavía hay mayor perfeccion; todavía se puede aspirar á mayor belleza». Asi es que para el filósofo nunca hay bastante verdad; para el santo nunca hay bastante santidad, y para el artista nunca hay bastante belleza.

Hemos dicho al principio que ser artista es *crear la belleza*. Sí: las obras de arte son una creacion, y el artista es creador, á lo menos en cuanto es compatible la gloria de esta palabra con la debilidad del ser finito; y en esto se distingue esencialmente el artista del filósofo, del sábio y de todo lo que no es él. El filósofo establece principios y deduce consecuencias: penetra las verdaderas relaciones que ligan á las cosas acerca de algunos puntos, y las traduce en palabras verídicas; pero como filósofo nada crea. El sábio sorprende en el seno de la naturaleza algunos de los secretos de Dios: descubre lo desconocido: dilata el horizonte del saber humano y lo ilumina con nuevas claridades; pero, como sábio, no crea, en el verdadero sentido de esta palabra. Una cosa es comprender y otra producir; una cosa es inventar y otra es crear. El génio filosófico puede ser generalizador é iluminador: el génio científico puede ser inventor, y en sentido lato, revelador; pero solo el génio artístico puede ser creador: solo su frente radiante brilla con esta gloria que le está reservada. No quiero decir con esto que un filósofo pro-

fundo y un sábio ilustre no puedan ser al mismo tiempo génius creadores, como los hay. Nuestro D. Alberto Lista era un gran matemático y una gloria imperecedera de nuestra literatura. Pero en este caso no será creador porque sea filósofo, ó porque sea sábio, sinó porque es artista.

Sin embargo, una línea profunda y un abismo insondable separan en esta parte las creaciones de Dios de las creaciones del hombre. Dios crea, á un tiempo mismo, en los seres que realiza, la sustancia y la forma; el hombre solo crea la forma en las obras maestras que produce. La gloria de las creaciones del hombre es asemejarse en todo lo posible á las creaciones de Dios.

Hé concluido, Señores. Nunca me propuse dar amplias proporciones á este humilde trabajo, para el cual reclamo vuestra generosa indulgencia, pues si se hubiera de exponer con la debida estension todo lo que á tan importante asunto se refiere, habria que llenar un volúmen de muchas páginas, y aun así no quedaria suficiente y satisfactoriamente tratada, por la pequeñez de mi ingenio y estar muy distante de llenar las condiciones necesarias al efecto.

Sin embargo, no daré punto á mi discurso sin dirigirme á esos jóvenes que, aunque pocos, son la parte mas escogida, y el legítimo orgullo de sus familias, del pueblo que les vió nacer y del Establecimiento donde con tanto honor prueban sus estudios. Vais á recoger el premio de vuestro trabajo,

ganado por vuestra aplicacion y concedido por nuestra justicia. Que éste os sirva de estímulo á vosotros y á vuestros compañeros para continuar así vuestra carrera literaria, y aun con mas entusiasmo todavia, á fin de que algun dia podais ser útiles á la sociedad y á vosotros mismos, dando á vuestros padres y á vuestras familias dias de satisfaccion y consuelo y el mas dulce placer con vuestra aplicacion, aprovechamiento y proceder. Y si vuestro corazon se inflama con el amor á la ciencia de lo bello, ruta mas deslumbrante, aunque mas espinosa de las letras, y os creeis en condiciones de producir la belleza, no os encerréis en lo puramente real y positivo, buscad siempre el ideal, que es Dios mismo, fuente de toda verdad, de todo bien y de toda belleza. No olvidéis que el cultivo de la belleza será legitimo y saludable cuando se subordine al cumplimiento de los deberes religiosos y sociales, al último fin del hombre: buscad siempre lo bueno al través de lo bello; el reinado de lo bello está en el órden moral y en el sobrenatural.

Y ahora solo me resta dar las mas cumplidas gracias á las autoridades todas que han honrado con su presencia la solemne apertura de nuestro curso académico y hacerlas estensivas al ilustrado público, cuya solícita atencion acabo de molestar.

HE DICHO.



- para lo por vuestra aplicacion y conecido por nues-  
 - tra justicia. Que este os sirva de estímulo á vosotros  
 - y á vuestros compañeros para continuar así vuestra  
 - carrera literaria, y aun con mas entusiasmo todavía,  
 - á fin de que algun dia podais ser útiles á la sociedad  
 - y á vosotros mismos, dando á vuestras padres y á  
 - vuestras familias dias de satisfaccion y consuelo y el  
 - mas dulce placer con vuestra aplicacion, prove-  
 - chamiento y proceder. Y si vuestro corazon se infla-  
 - ma con el amor á la ciencia de lo bello, rita mas  
 - desahogado, aunque mas espesas de las letras, y  
 - os creis en condiciones de producir la belleza, no os  
 - encerris en lo puramente real y positivo, pasad  
 - siempre el ideal, que es Dios mismo, fuente de toda  
 - verdad, de todo bien y de toda belleza. No olvidis  
 - que el cultivo de la belleza sera legítimo y saludable  
 - sólo cuando se subordina al cumplimiento de los de-  
 - beres religiosos y sociales, al último fin del hombre:  
 - buscar siempre lo bueno al través de lo bello; el rei-  
 - nado de lo bello está en el orden moral y en el so-  
 - prelatado.

- Y ahora solo me resta dar las mas cumplidas gra-  
 - cias á las autoridades todas que han honrado con su  
 - presencia la solemnidad de nuestro curso, ac-  
 - dónico y haecitas estensivas al público, en-  
 - ya solicita atencion acabo de molestar.

RR. DICHOS.





